Alexis de Tocqueville

# La democracia en América

Traducción de Dolores Sánchez de Aleu

ALIANZA EDITORIAL

Título original:
*De la démocratie en Amérique*

Primera edición: abril de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., 2026
Valentín Beato, 21; 28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 979-13-7009-248-1
Depósito Legal: M. 160-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

# ÍNDICE

LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA
[Volumen I – 1835]

Advertencia de la duodécima edición (1848) ..... 17

Introducción ..... 21

Primera parte

Capítulo 1. Configuración exterior de América del Norte ..... 37

Capítulo 2. Del punto de partida y de su importancia para el porvenir de los angloamericanos ..... 47

Capítulo 3. Estado social de los angloamericanos ..... 67

Razones de algunas peculiaridades que presentan las leyes y las costumbres de los angloamericanos. El punto sobresaliente del estado social de los angloamericanos consiste en ser esencialmente democrático. Consecuencias políticas del estado social de los angloamericanos.

Capítulo 4. Del principio de la soberanía del pueblo en América ..... 77

Capítulo 5. Necesidad de estudiar lo que sucede en los Estados particulares antes de hablar del gobierno de la Unión ..... 81

Del sistema municipal de América. Circunscripción del municipio. Poderes municipales en Nueva Inglaterra. De la existencia municipal. Del espíritu municipal en Nueva Inglaterra. Del condado en Nueva Inglaterra. De la Administración en Nueva Inglaterra. Ideas generales sobre la Administración en los Estados Unidos. Del Estado. Poder legislativo del Estado. Del poder ejecutivo del Estado. Efectos políticos de la descentralización administrativa de los Estados Unidos.

Capítulo 6. Del poder judicial en los Estados Unidos y de su acción sobre la sociedad política ..... 121

Otros poderes otorgados a los jueces americanos.

Capítulo 7. Del juicio político en los Estados Unidos ..... 129

Capítulo 8. De la Constitución federal ..... 135

Historia de la Constitución federal. Bosquejo sumario de la Constitución federal. Atribuciones del gobierno federal. Poderes federales. Poderes legislativos. Otra diferencia entre el Senado y la Cámara de Diputados. Del poder ejecutivo. En qué difiere la posición del presidente de los Estados Unidos de la de un rey constitucional en Francia. Causas accidentales que pueden acrecentar la influencia del poder ejecutivo. Por qué el presidente de los Estados Unidos no necesita, para dirigir los asuntos públicos, tener mayoría en las Cámaras. De la elección del presidente. Modo de elección. Crisis de la elección. De la reelección del presidente. De los tribunales federales. Manera de fijar la competencia de los tribunales federales. Diferentes casos de jurisdicción. Modo de proceder de los tribunales federales. Elevado rango que ocupa el Tribunal Supremo entre los grandes poderes del Estado. En qué es superior la Constitución federal a la Constitución de los Estados. Lo que distingue a la Constitución federal de los Estados Unidos de América de todas las otras Constituciones federales. Ventajas del sistema federativo en general y su utilidad especial para América. Lo que hace que el sistema federal no esté al alcance de todos los pueblos, y qué es lo que ha permitido a los angloamericanos adoptarlo.

Segunda parte

Capítulo 1. Por qué puede decirse con todo rigor que en los Estados Unidos es el pueblo quien gobierna ..... 197

Capítulo 2. De los partidos en los Estados Unidos ..... 199

De los restos del partido aristocrático en los Estados Unidos.

Capítulo 3. De la libertad de prensa en los Estados Unidos ..... 207

Capítulo 4. De la asociación política en los Estados Unidos ..... 217

Capítulo 5. Del gobierno de la democracia en América ..... 225

Del sufragio universal. Elecciones del pueblo e instintos de la democracia americana en sus elecciones. De las causas que pueden corregir, en parte, esos instintos de la democracia. Influencia ejercida por la democracia americana sobre las leyes electorales. De los funcionarios públicos bajo el imperio de la democracia americana. De la arbitrariedad de los magistrados bajo el imperio de la democracia americana. Inestabilidad administrativa en los Estados Unidos. De los cargos públicos bajo el imperio de la democracia americana. De los instintos de la democracia americana en la fijación del sueldo de los funcionarios. Dificultad para discernir las causas que inducen al gobierno americano a la economía. ¿Se pueden comparar los gastos públicos de los Estados Unidos a los de Francia? De la corrupción y los vicios de los gobernantes en la democracia; efectos que de ellos resultan para la moralidad pública. De qué esfuerzos es capaz la democracia. Del poder que ejerce en general la democracia americana sobre sí misma. De la manera en que la democracia americana conduce los asuntos exteriores del Estado.

Capítulo 6. Cuáles son las ventajas reales que la sociedad americana obtiene del gobierno de la democracia ..... 263

De la tendencia general de las leyes bajo el imperio de la democracia americana, y del instinto de quienes las aplican. Del espíritu público en los Estados Unidos. De la noción de los derechos en los Estados Unidos. Del respeto a la ley en los Estados Unidos. Actividad que reina en todas las partes del cuerpo político de los Estados Unidos, e influencia que ejerce dicha actividad sobre la sociedad.

Capítulo 7. De la omnipotencia de la mayoría en los Estados Unidos y de sus efectos ..... 279

Cómo la omnipotencia de la mayoría aumenta en América la inestabilidad legislativa y administrativa inherente a las democracias. Tiranía de la mayoría. Efectos de la omnipotencia de la mayoría en la arbitrariedad de los funcionarios públicos americanos. Del poder que la mayoría ejerce en América sobre el pensamiento. Efectos de la tiranía de la mayoría sobre el carácter nacional de los americanos; del espíritu cortesano en los Estados Unidos. El mayor peligro de las repúblicas americanas reside en la omnipotencia de la mayoría.

Capítulo 8. De lo que modera en los Estados Unidos la tiranía de la mayoría ..... 295

Ausencia de centralización definitiva. Del espíritu legista en los Estados Unidos, y cómo sirve de contrapeso a la democracia. Del jurado en los Estados Unidos, considerado como institución política.

Capítulo 9. De las causas principales que tienden a mantener la república democrática en los Estados Unidos ..... 311

Causas accidentales o providenciales que contribuyen al mantenimiento de la república democrática en los Estados Unidos. De la influencia de las leyes en el mantenimiento de la república democrática en los Estados Unidos. De la influencia de las costumbres en el mantenimiento de la república democrática en los Estados Unidos. De la religión considerada como institución política y cómo sirve poderosamente para el mantenimiento de la república democrática en los Estados Unidos. Influencia indirecta que ejercen las creencias religiosas en la sociedad política de los Estados Unidos. De las principales causas que hacen poderosa a la religión en América. Cómo la ilustración, los hábitos y la experiencia práctica de los americanos contribuyen al éxito de las instituciones democráticas. Las leyes ayudan más al mantenimiento de la república democrática en los Estados Unidos que las causas físicas, y las costumbres más que las leyes. ¿Bastarían las leyes y las costumbres para mantener las instituciones democráticas en otra parte que no fuera América? Importancia de lo que precede con relación a Europa.

Capítulo 10. Algunas consideraciones sobre el estado actual y el probable futuro de las tres razas que habitan el territorio de los Estados Unidos ..... 351

Estado actual y probable futuro de las tribus indias que habitan el territorio poseído por la Unión. Posición que ocupa la raza negra en los Estados Unidos; peligros que su presencia hace correr a los blancos. ¿Cuáles son las probabilidades de duración de la Unión americana? ¿Qué peligros la amenazan? De las instituciones republicanas en los Estados Unidos. ¿Cuáles son sus probabilidades de duración? Algunas consideraciones sobre las causas de la grandeza comercial de los Estados Unidos.

Conclusión ..... 443

## LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA
[Volumen II – 1840]

### Primera parte
### Influencia de la democracia sobre el movimiento intelectual de los Estados Unidos

Capítulo 1. Del método filosófico de los americanos ..... 453
Capítulo 2. De la principal fuente de creencias en los pueblos democráticos . 459
Capítulo 3. Por qué los americanos demuestran más aptitud y gusto por las ideas generales que sus antepasados, los ingleses ..... 463
Capítulo 4. Por qué los americanos nunca se han apasionado tanto como los franceses por las ideas generales en política ..... 469
Capítulo 5. Cómo la religión se sirve, en los Estados Unidos, de las inclinaciones democráticas ..... 471
Capítulo 6. Del progreso del catolicismo en los Estados Unidos ..... 479
Capítulo 7. Por qué el espíritu de los pueblos democráticos gusta del panteísmo 481
Capítulo 8. Cómo la igualdad suscita en los americanos la idea de la perfectibilidad indefinida del hombre ..... 483
Capítulo 9. Cómo el caso de los americanos no prueba que un pueblo democrático carezca necesariamente de gusto y afición por las ciencias, la literatura y las artes ..... 485
Capítulo 10. Por qué los americanos se aplican más a la práctica de las ciencias que a la teoría ..... 491
Capítulo 11. Cómo cultivan las artes los americanos ..... 499
Capítulo 12. Por qué los americanos levantan al mismo tiempo monumentos o muy pequeños o muy grandes ..... 505
Capítulo 13. Panorama literario de las épocas democráticas ..... 507
Capítulo 14. De la industria literaria ..... 513
Capítulo 15. Por qué el estudio de las literaturas griega y latina resulta particularmente útil en las sociedades democráticas ..... 515
Capítulo 16. Cómo la democracia americana ha modificado la lengua inglesa ..... 519
Capítulo 17. Sobre algunas fuentes de la poesía en las naciones democráticas 525
Capítulo 18. Por qué los escritores y oradores americanos suelen pecar de ampulosos ..... 531
Capítulo 19. Algunas observaciones sobre el teatro de los pueblos democráticos 533
Capítulo 20. Algunas tendencias propias de los historiadores en la era democrática ..... 539
Capítulo 21. De la elocuencia parlamentaria en los Estados Unidos ..... 543

## Segunda parte
## Influencia de la democracia sobre los sentimientos de los americanos

Capítulo 1. Por qué los pueblos democráticos manifiestan un afecto por la igualdad más ardiente y duradero que por la libertad ..... 551
Capítulo 2. Del individualismo en los países democráticos ..... 555
Capítulo 3. Cómo el individualismo es más fuerte después de una revolución democrática que en cualquier otra época ..... 559
Capítulo 4. Cómo frenan los americanos el individualismo con instituciones libres ..... 561
Capítulo 5. Del uso que los americanos hacen de la asociación en la vida civil ..... 565
Capítulo 6. De la relación entre las asociaciones y los periódicos ..... 571
Capítulo 7. Relaciones entre las asociaciones civiles y las políticas ..... 575
Capítulo 8. Cómo frenan los americanos el individualismo con la doctrina del interés bien entendido ..... 581
Capítulo 9. Cómo aplican los americanos la doctrina del interés bien entendido en materia de religión ..... 585
Capítulo 10. De cómo gustan del bienestar material en América ..... 589
Capítulo 11. Efectos particulares que produce la persecución de los goces materiales en períodos democráticos ..... 593
Capítulo 12. Por qué algunos americanos manifiestan una religiosidad tan exaltada ..... 597
Capítulo 13. Por qué los americanos se muestran tan inquietos en medio de su bienestar ..... 599
Capítulo 14. Cómo se unen en los americanos el gusto por los placeres materiales, el amor a la libertad y el interés por los asuntos públicos ..... 603
Capítulo 15. Cómo las creencias religiosas atraen periódicamente a los americanos hacia los goces inmateriales ..... 607
Capítulo 16. Cómo el amor excesivo por el bienestar puede perjudicar al bienestar mismo ..... 613
Capítulo 17. Por qué conviene postergar el propósito de las acciones humanas en tiempos de igualdad y de duda ..... 615
Capítulo 18. Por qué entre los americanos toda profesión honesta es reputada como honorable ..... 619
Capítulo 19. Por qué los americanos suelen trabajar en la industria ..... 621
Capítulo 20. Cómo podría nacer una aristocracia de la industria ..... 625

## Tercera parte
## Influencia de la democracia sobre las costumbres propiamente dichas

Capítulo 1. Cómo se dulcifican las costumbres a medida que se igualan las condiciones sociales ..... 631
Capítulo 2. Cómo la democracia simplifica y facilita las relaciones habituales de los americanos ..... 637
Capítulo 3. Por qué son los americanos tan poco susceptibles en su país y tanto en el nuestro ..... 641
Capítulo 4. Consecuencias de los tres capítulos precedentes ..... 645
Capítulo 5. Cómo modifica la democracia las relaciones entre señor y criado ... 647
Capítulo 6. Cómo las instituciones y las costumbres democráticas elevan el precio y acortan la duración de los arrendamientos ..... 655
Capítulo 7. Influencia de la democracia sobre los salarios ..... 659
Capítulo 8. Influencia de la democracia sobre la familia ..... 663
Capítulo 9. Educación de las muchachas en los Estados Unidos ..... 669
Capítulo 10. Cómo asoma la jovencita en los rasgos de la esposa ..... 673
Capítulo 11. Cómo la igualdad de las condiciones contribuye a mantener las buenas costumbres en América ..... 677
Capítulo 12. Cómo conciben los americanos la igualdad del hombre y la mujer ..... 685
Capítulo 13. Cómo la igualdad divide naturalmente a los americanos en una multitud de pequeñas sociedades particulares ..... 689
Capítulo 14. Algunas reflexiones sobre las maneras americanas ..... 691
Capítulo 15. De la seriedad de los americanos, y por qué no les impide ser frecuentemente desconsiderados ..... 695
Capítulo 16. Por qué la vanidad nacional de los americanos es más insegura y pendenciera que la de los ingleses ..... 699
Capítulo 17. Cómo el aspecto de la sociedad en los Estados Unidos semeja a la vez agitado y monótono ..... 703
Capítulo 18. Del honor en los Estados Unidos y en las sociedades democráticas ..... 707
Capítulo 19. Por qué hay en los Estados Unidos tantos ambiciosos y tan pocas ambiciones sobresalientes ..... 719
Capítulo 20. Del negocio de los cargos públicos en ciertas naciones democráticas ..... 725
Capítulo 21. Por qué las grandes revoluciones serán cada vez menos frecuentes ..... 727
Capítulo 22. Por qué los pueblos democráticos desean naturalmente la paz, y sus ejércitos, la guerra ..... 739

Capítulo 23. Cuál es la clase más aguerrida y revolucionaria en los ejércitos democráticos ..... 747
Capítulo 24. Por qué los ejércitos democráticos son los menos fuertes al entrar en campaña y los más temibles si la guerra se prolonga ..... 751
Capítulo 25. De la disciplina en los ejércitos democráticos ..... 755
Capítulo 26. Algunas consideraciones sobre la guerra en las sociedades democráticas ..... 757

## Cuarta parte
## De la influencia que ejercen las ideas y los sentimientos democráticos sobre la sociedad política

Capítulo 1. La igualdad suscita de manera natural entre los hombres el gusto por las instituciones libres ..... 765
Capítulo 2. Que las opiniones de los pueblos democráticos en materia de gobierno favorecen de manera natural la concentración de poderes ..... 767
Capítulo 3. Que los sentimientos de los pueblos democráticos cooperan con sus opiniones en la concentración del poder ..... 771
Capítulo 4. De algunas causas particulares y accidentales que llevan finalmente a un pueblo democrático a centralizar el poder, o que se lo impiden ..... 775
Capítulo 5. Que entre las naciones europeas de nuestros días el poder soberano aumenta aunque los soberanos cambien frecuentemente ..... 781
Capítulo 6. Qué tipo de despotismo amenaza a las naciones democráticas ..... 793
Capítulo 7. Continuación de los capítulos precedentes ..... 799
Capítulo 8. Visión general del asunto ..... 807

Anexos ..... 811

# LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA

[Volumen I]

# ADVERTENCIA
# DE LA DUODÉCIMA EDICIÓN (1848)

Por trascendentales y súbitos que sean los acontecimientos que acaban de realizarse repentinamente ante nuestros ojos, el autor de la presente obra tiene el derecho de afirmar que no le han sorprendido en absoluto. Este libro se escribió, hace quince años, con la constante preocupación por un solo pensamiento: el advenimiento próximo, irresistible y universal de la democracia en el mundo. Quien lo relea encontrará en cada página una advertencia solemne, en que se recuerda a los hombres que la sociedad cambia de forma y la humanidad de condición, y que se nos abren nuevos destinos.

Entre sus primeras palabras figuraban estas:

> El desarrollo gradual de la igualdad es un hecho providencial. Tiene estas características principales: es universal, es durable, evita cada día el poder del hombre, todos los acontecimientos, al igual que todos los hombres, han servido a su desarrollo. ¿Sería prudente creer que un movimiento social que viene de tan lejos puede ser suspendido por una generación? ¿Se pensaría que después de haber destruido el feudalismo y derrotado a los reyes, la democracia retrocederá ante los burgueses y los ricos? ¿Se parará ahora que se ha hecho tan fuerte y sus adversarios tan débiles?

El hombre que, frente a una monarquía más reafirmada que quebrantada por la Revolución de Julio, escribió esas líneas que los acontecimientos han convertido en proféticas, puede hoy sin temor pedir de nuevo la atención del público para su obra.

Debe permitírsele asimismo añadir que las circunstancias actuales prestan a su libro un interés y una utilidad práctica de los que carecía cuando apareció por vez primera.

Existía entonces la realeza. Hoy yace destruida. Las instituciones de América, que solo eran un tema de curiosidad en la Francia monárquica, deben ser objeto de estudio en la republicana. No es únicamente en la fuerza en donde se asienta un gobierno nuevo, sino también en leyes buenas. Después del luchador, el legislador. Si uno destruyó, el otro establece. Cada uno a su tarea. Ahora que ya no se trata de resolver si tendremos en Francia una Monarquía o una República, nos queda por saber si tendremos una República agitada o una República tranquila, una República regular o una República irregular, una República pacífica o una República belicosa, una República liberal o una República opresiva, una República que amenace los derechos sagrados de la propiedad y de la familia o una República que los reconozca y consagre. Problema terrible y de solución vital no solo para Francia, sino para todo el mundo civilizado. Si nos salvamos nosotros, salvamos al mismo tiempo a todos los pueblos que nos rodean. Si nos perdemos, arrastramos a todos con nosotros. Según lo que tengamos, la libertad democrática o la tiranía democrática, el destino del mundo será diferente, y puede decirse que está hoy en nuestras manos el que la República termine por establecerse universalmente o por ser abolida en todas partes.

Ahora bien, este problema que nosotros solo ahora nos hemos planteado, América lo resolvió hace ya más de sesenta años. Desde hace sesenta años, ese principio de la soberanía del pueblo, entronizado tan recientemente entre nosotros, reina allí sin discusión y se ha puesto en práctica de la manera más directa, más ilimitada, más absoluta. Desde hace sesenta años, el pueblo que lo ha convertido en el principio común de todas sus leyes crece incesantemente en población, en territorio, en riqueza, y, tenedlo en cuenta, durante este período no solo ha sido el más próspero, sino también el más estable de la tierra. Mientras todas las naciones europeas quedaban asoladas por la guerra o desgarradas por discordias civiles, el pueblo americano era el único en paz del mundo civilizado. Las revoluciones conmovían a casi toda Europa; en América no había ni motines; allí la República no trastornaba, sino que conservaba todos los derechos; ningún otro país garantizó como él la propiedad individual y tanto la anarquía como el despotismo quedaron inéditos.

¿Dónde podríamos encontrar esperanzas más grandes y mayores lecciones? No volvamos la mirada a América para copiar servilmente las instituciones que se ha dado a sí misma, sino para juzgar mejor sobre las que nos convienen, menos para tomar ejemplo de ella que enseñanzas, con el fin de adoptar los principios más que los detalles legales. Las leyes de la República francesa pueden y deben ser, en muchos casos, diferentes de las que rigen en los Estados Unidos, pero los principios en que descansan las instituciones americanas, esos principios de orden, de ponderación de los poderes, de libertad verdadera, de respeto sincero y profundo por el derecho, son necesarios en todas las Repúblicas, deben ser comunes a todas ellas, y puede decirse por anticipado que allí donde no se den la República habrá dejado pronto de existir.

# INTRODUCCIÓN

Entre las cosas nuevas que durante mi estancia en los Estados Unidos llamaron mi atención, ninguna me sorprendió tanto como la igualdad de condiciones. Sin dificultad descubrí la prodigiosa influencia que este primer hecho ejerce sobre la marcha de la sociedad, pues da a la opinión pública una cierta dirección, un determinado giro a las leyes, máximas nuevas a los gobernantes y costumbres peculiares a los gobernados.

Pronto observé que ese mismo hecho extiende su influencia mucho más allá de las costumbres políticas y de las leyes, y que su predominio sobre la sociedad civil no es menor que el que ejerce sobre el gobierno, pues crea opiniones, engendra sentimientos, sugiere usos y modifica todo aquello que él no produce.

Así pues, a medida que estudiaba la sociedad americana, percibía cada vez más, en la igualdad de condiciones, el hecho generador del que parecía derivarse cada hecho particular, hallándolo ante mí una y otra vez, como un punto de atracción hacia el que convergían todas mis observaciones.

Trasladé entonces mi pensamiento hacia nuestro hemisferio y me pareció percibir en él algo análogo al espectáculo que me ofrecía el Nuevo Mundo. Vi que la igualdad de condiciones, sin haber alcanzado como en

los Estados Unidos sus límites extremos, se acercaba a ellos cada vez más, y me pareció que la misma democracia que reinaba sobre las sociedades americanas avanzaba rápidamente hacia el poder en Europa.

Desde ese momento concebí la idea de este libro.

Una gran revolución democrática se está operando entre nosotros. Todos la ven, mas no todos la juzgan de la misma manera. Unos la consideran como una cosa nueva, y tomándola por un accidente, esperan poder detenerla todavía; mientras que otros la juzgan irresistible, por parecerles el hecho más constante, más antiguo y más permanente que se conoce en la historia.

Me remonto por un momento a lo que era Francia hace setecientos años. La encuentro dividida entre un pequeño número de familias que poseen la tierra y gobiernan a los habitantes. El derecho al mando se transmite con la herencia de generación en generación. Los hombres, para dominar a otros hombres, no tienen más que un medio: la fuerza. No se reconoce más origen del poder que la propiedad territorial.

Pero he aquí que emerge el poder político del clero y se extiende con rapidez. El clero abre sus filas a todos, al pobre y al rico, al plebeyo y al señor. La igualdad comienza a penetrar por la Iglesia en el seno del gobierno, y aquel que como siervo habría vegetado en eterna esclavitud se acomoda como sacerdote entre nobles y a menudo se sitúa por encima de los reyes.

Con el tiempo, al volverse la sociedad más civilizada y estable, las diversas relaciones entre los hombres se hacen más complicadas y numerosas. La necesidad de leyes civiles se deja sentir vivamente y nacen los legistas. Salen estos del oscuro recinto de los tribunales y del reducto polvoriento de los archivos, hallando un lugar en la corte del príncipe, junto a los barones feudales cubiertos de armiño y de hierro.

Los reyes se arruinan en grandes empresas; se agotan los nobles en guerras privadas; los plebeyos se enriquecen con el comercio. La influencia del dinero comienza a dejarse sentir en los asuntos de Estado. El negocio es una fuente nueva que se abre a la autoridad y los financieros se convierten en un poder político al que se desprecia y se adula.

Poco a poco, la ilustración se difunde. Se despierta la afición a la literatura y a las artes. El talento llega a ser una condición del éxito. La ciencia es un medio de gobierno, la inteligencia una fuerza social y los letrados tienen acceso a los negocios públicos.

No obstante, a medida que se descubren nuevos caminos para llegar al poder, disminuye el valor dado al nacimiento. En el siglo XI la nobleza poseía un valor inestimable; en el XIII, se compra; el primer ennoblecimiento tiene lugar en 1270, y por fin es a través de la misma aristocracia como se introduce la igualdad en el gobierno.

Durante los setecientos años transcurridos, para luchar contra la autoridad regia o arrebatar el poder a sus rivales los nobles dieron, en ocasiones, cierta fuerza política al pueblo.

Y más a menudo aún se vio cómo los reyes dejaban participar en el gobierno a las clases inferiores del Estado, a fin de humillar a la aristocracia.

En Francia, los reyes demostraron ser los más activos y constantes niveladores. Cuando fueron ambiciosos y fuertes trabajaron para elevar al pueblo al nivel de los nobles; cuando fueron moderados y débiles tuvieron que consentir que el pueblo se situase por encima de ellos mismos. Unos ayudaron a la democracia con su talento; otros, con sus vicios. Luis XI y Luis XIV se cuidaron de igualarlo todo bajo el trono, mientras que Luis XV, junto con su corte, acabó descendiendo hasta el arroyo.

Desde que los ciudadanos comenzaron a poseer la tierra por medios distintos al del sistema feudal y, ya reconocida, la riqueza mobiliaria pudo, a su vez, crear influencia y otorgar poder, no hubo descubrimientos en las artes, ni adelantos en el comercio y en la industria que no significaran nuevos elementos de igualdad entre los hombres. A partir de ese momento, todos los procedimientos que se descubren, todas las necesidades que nacen y todos los deseos que piden ser satisfechos constituyen otros tantos avances hacia la nivelación universal. El afán de lujo, el amor a la guerra, el imperio de la moda, las pasiones del corazón humano, tanto las más superficiales como las más profundas, parecen actuar de acuerdo para empobrecer a los ricos y enriquecer a los pobres.

Una vez que los trabajos de la inteligencia llegaron a ser fuentes de riqueza y de fuerza, se consideró necesariamente cada avance de la ciencia, cada nuevo conocimiento, cada nueva idea como un germen de poder puesto al alcance del pueblo. La poesía, la elocuencia, la memoria, los dones del espíritu, el fuego de la imaginación, la profundidad del pensamiento, todas esas gracias que el cielo concede al azar beneficiaron a la democracia, y hasta cuando se hallaban en poder de sus adversarios servían a su causa poniendo de relieve la grandeza natural del hombre. Sus conquistas se extendieron pues a la par que las de la civilización y las luces, llegando a ser la literatura un arsenal abierto a todos y al que cada día acudían los débiles y los pobres en busca de armas.

Cuando se recorren las páginas de nuestra historia, no se encuentra, por así decirlo, ningún acontecimiento de importancia en los últimos setecientos años que no se haya orientado en provecho de la igualdad.

Las cruzadas y las guerras de los ingleses diezman a los nobles y dividen sus tierras; la institución de los municipios introduce la libertad democrática en el seno de la monarquía feudal; el descubrimiento de las armas de

fuego iguala al villano con el noble en el campo de batalla; la imprenta ofrece iguales recursos a la inteligencia de ambos; el correo lleva la ilustración tanto al umbral de la cabaña del pobre como a la puerta de los palacios; el protestantismo sostiene que todos los hombres son capaces por igual de encontrar el camino del cielo. Se descubre América, en la que mil nuevas vías se abren a la fortuna y entregan al aventurero oscuro riquezas y poder.

Si, a partir del siglo XI, examináis lo que acaece en Francia de cincuenta en cincuenta años, os daréis cuenta de que después de cada uno de esos períodos se ha operado una doble evolución en el estado de la sociedad. El noble habrá descendido en la escala social, por ella habrá ascendido el plebeyo. Uno baja, el otro sube. Cada medio siglo los acerca más; no tardarán en tocarse.

Y esto no solo sucede en Francia. Allí donde dirijamos la mirada, observaremos la misma revolución que avanza en todo el universo cristiano.

Por todas partes se ha visto que los diversos incidentes de la vida de los pueblos se inclinan en favor de la democracia. Todos los hombres la han ayudado con sus esfuerzos; los que lucharon por ella y los que declararon ser sus enemigos; todos han sido empujados confusamente por la misma vía y todos han actuado en común, unos contra su voluntad y otros sin advertirlo, como ciegos instrumentos de Dios.

El desarrollo gradual de la igualdad de condiciones constituye, pues, un hecho providencial, con sus principales características: es universal, es duradero, escapa siempre a la potestad humana y todos los acontecimientos, así como todos los hombres, sirven a su desarrollo.

¿Sería acaso sensato creer que un movimiento social que nos viene de tan atrás podría ser interrumpido por el esfuerzo de una generación? ¿Es que después de haber destruido el feudalismo y vencido a los reyes retrocederá la democracia ante los burgueses y los ricos? ¿Se detendrá ahora que es tan fuerte, y tan débiles sus adversarios?

¿Adónde vamos, pues? Nadie puede decirlo, pues faltan términos de comparación: hoy día, las condiciones entre los cristianos son más iguales de lo que jamás fueron en otra época o país: así, la grandeza de lo ya hecho impide prever lo que aún puede hacerse.

Todo este libro ha sido escrito bajo una especie de terror religioso, sentimiento surgido en el ánimo del autor a la vista de esta revolución irresistible que desde hace tantos siglos marcha sobre todos los obstáculos, y que aún hoy vemos avanzar entre las ruinas a que da lugar.

No es necesario que Dios hable por sí mismo para descubrir signos indudables de su voluntad, basta con examinar el curso habitual de la natu-

raleza y la tendencia continuada de los acontecimientos. Yo sé, sin que el Creador eleve la voz, que los astros siguen en el espacio las curvas trazadas por su dedo.

Si prolongadas observaciones y sinceras meditaciones llevaran a los hombres de nuestros días a reconocer que el desarrollo gradual y progresivo de la igualdad es a la vez el pasado y el futuro de su historia, este solo descubrimiento bastaría para dar a dicho desarrollo el carácter sagrado de la voluntad del soberano Señor. Querer contener a la democracia sería entonces como luchar contra el mismo Dios, y a las naciones no les quedaría más que acomodarse al estado social impuesto por la Providencia.

Creo que los pueblos cristianos ofrecen hoy día un espectáculo aterrador: el movimiento que los arrastra ya es bastante fuerte para no poder ser contenido, y no es aún suficientemente rápido para desesperar de dirigirlo. Tienen su suerte en las manos, pero no tardará en escapárseles.

Educar la democracia, animar, si se puede, sus creencias, purificar sus costumbres, reglamentar sus movimientos, suplir poco a poco su inexperiencia con la ciencia de los negocios públicos, y sus ciegos instintos con el conocimiento de sus verdaderos intereses; adaptar su gobierno a la época y al lugar y modificarlo de acuerdo con las circunstancias y los hombres: tal es el primer deber que se impone hoy día a aquellos que dirigen la sociedad.

Un mundo nuevo requiere una ciencia política nueva.

Pero casi no pensamos en ello: situados como en medio de una rápida corriente, fijamos obstinadamente la mirada en los restos que aún quedan en la orilla, mientras las aguas nos arrastran y nos empujan hacia el abismo.

No hay pueblo en Europa en el que la gran revolución social que acabo de describir haya hecho tan rápidos progresos como en el nuestro, pero siempre al azar.

Los jefes de Estado nunca han pensado en algún preparativo previo en este sentido; la revolución se ha llevado a cabo a pesar de ellos o sin su conocimiento. Las clases más poderosas, las más inteligentes y con más valores morales de la nación no han intentado adueñarse de ella para dirigirla. Así pues, la democracia ha sido abandonada a sus instintos salvajes, creciendo como esos niños privados de los cuidados paternos que se crían solos en la calle de nuestras ciudades y que no conocen de la sociedad más que sus vicios y sus miserias. Parecía aún ignorarse su existencia, cuando de improviso se adueñó del poder. Todos entonces se sometieron servilmente a sus menores deseos y se la adoró como imagen de la fuerza. Cuando después se debilitó por sus propios excesos, los legisladores concibieron el imprudente proyecto de destruirla, en lugar de tratar de domarla y corregirla, y no queriendo enseñarla a gobernar, solo pensaron en desterrarla del gobierno.

Ello trajo por resultado que la revolución democrática se ha realizado en la sociedad material, sin que ni en las leyes, ni en las ideas, ni en las costumbres tuviese lugar el cambio que habría sido necesario para hacer útil la revolución. Por tanto, tenemos democracia sin tener lo que atenúa sus vicios y hace resaltar sus ventajas naturales, con lo que si bien vemos los males que acarrea, todavía ignoramos los bienes que es capaz de aportar.

Cuando el poder real, apoyado en la aristocracia, gobernaba apaciblemente a los pueblos de Europa, la sociedad, en medio de sus miserias, gozaba de diversos géneros de dicha que difícilmente se pueden hoy concebir y apreciar.

El poder de algunos súbditos oponía barreras infranqueables a la tiranía del príncipe, y los reyes, sintiéndose por otra parte revestidos a los ojos de la multitud de un carácter casi divino, del mismo respeto que inspiraban extraían la voluntad de no abusar de su poder.

Los nobles, situados a enorme distancia del pueblo, mostraban por este, sin embargo, esa especie de interés benévolo y tranquilo que siente el pastor por su rebaño, y no viendo en el pobre a un igual, velaban por su destino como si se tratara de un depósito confiado a sus manos por la Providencia.

El pueblo, que no concebía estado social ni imaginaba que pudiera jamás igualarse a sus señores, recibía de ellos beneficios sin discutir sus derechos. Los amaba cuando eran justos y clementes, y se sometía sin esfuerzo y sin bajeza a sus rigores como a males inevitables enviados por Dios. El uso y las costumbres, por otra parte, habían puesto límites a la tiranía y fundado una especie de derecho aun en medio de la fuerza.

No concibiendo el noble que se le pretendiera despojar de unos privilegios que creía legítimos, y considerando el siervo su inferioridad como un efecto inmutable de la naturaleza, se comprende que pudiera establecerse una especie de benevolencia recíproca entre estas dos clases, tan diferentemente dotadas por la suerte. Veíase entonces en la sociedad desigualdad y miseria, pero las almas no estaban degradadas.

No es el uso del poder ni el hábito de la obediencia lo que deprava a los hombres, sino el uso de un poder que juzgan ilegítimo y la obediencia a un poder que consideran usurpado y opresor.

De un lado estaban los bienes, la fuerza, el ocio, y con ellos las pretensiones de lujo, los refinamientos del gusto, los placeres del espíritu, el culto de las artes; del otro, el trabajo, la grosería y la ignorancia.

Pero en el seno de esta multitud ignorante y burda se encontraban pasiones enérgicas, sentimientos generosos, creencias profundas y virtudes salvajes.

El cuerpo social así organizado podía tener estabilidad, poderío y, sobre todo, gloria.

Mas he aquí que las clases se confunden; las barreras alzadas entre los hombres se abaten; se dividen los dominios, se comparte el poder, las luces se difunden y las inteligencias se igualan. El estado social se hace democrático y el imperio de la democracia acaba estableciéndose pacíficamente en las instituciones y en las costumbres.

Concibo entonces una sociedad en la que todos, mirando a la ley como obra suya, la amen y se sometan a ella sin esfuerzo; en la que, al considerarse la autoridad del gobierno como cosa necesaria y no como divina, el respeto que se otorgue al jefe del Estado no constituya una pasión, sino un sentimiento razonado y tranquilo. Gozando cada uno sus derechos y seguro de conservarlos, se establecería entre todas las clases una confianza viril y una especie de condescendencia recíproca tan distante del orgullo como de la bajeza.

Conocedor de sus verdaderos intereses, el pueblo comprendería que para aprovechar los bienes de la sociedad hay que someterse a sus cargas. La asociación libre de ciudadanos vendría a reemplazar entonces al poder individual de los nobles y el Estado se hallaría al abrigo de la tiranía y de la licencia.

Sé que en un Estado democrático así constituido la sociedad no permanecerá inmóvil, pero los movimientos del cuerpo social podrán ser regulados y progresivos; si se halla ahí menos brillo que en el seno de una aristocracia, también se encontrará en él menos miseria. Los placeres serán más limitados y el bienestar más general; las ciencias menos profundas, pero más rara la ignorancia; los sentimientos menos enérgicos y las costumbres más dulces; se observarán más vicios, pero menos crímenes.

A falta del entusiasmo y el ardor de las creencias, la ilustración y la experiencia obtendrán más de una vez grandes sacrificios de los ciudadanos. Siendo cada hombre igual de débil, sentirá igual necesidad de sus semejantes, y sabiendo que solo puede lograr el apoyo de estos a condición de prestar el suyo propio, no tardará en descubrir que su interés particular se confunde con el interés general.

La nación en conjunto será menos brillante, menos gloriosa, menos fuerte, quizá; pero la mayoría de los ciudadanos gozará de mayor prosperidad y el pueblo se mostrará tranquilo, no porque desespere de mejorar, sino por conciencia del propio bienestar.

Si todo no fuera bueno y útil en un orden de cosas semejante, al menos la sociedad se habría apropiado de cuanto de útil y bueno presenta, y los hombres, al renunciar para siempre a las ventajas sociales de la aristocracia,

habrían tomado de la democracia todos los beneficios que esta puede ofrecerles.

Pero nosotros, al abandonar el estado social de nuestros abuelos, dejando a nuestras espaldas en confusa mezcolanza sus instituciones, sus ideas y sus costumbres, ¿qué hemos puesto en su lugar?

El prestigio del poder real se ha desvanecido sin ser reemplazado por la majestad de las leyes. En nuestros días el pueblo menosprecia a la autoridad, pero la teme, y el miedo consigue más de él que en otros tiempos el respeto y el amor.

Observo que hemos destruido las existencias individuales capaces de luchar separadamente contra la tiranía, pero veo que es el gobierno el único en heredar todas las prerrogativas arrebatadas a las familias, a las corporaciones o a los hombres. Así pues, a la fuerza algunas veces opresora, pero a menudo conservadora, de un reducido número de ciudadanos, ha sucedido la debilidad de todos.

La división de las fortunas ha disminuido la distancia que separaba al pobre del rico, mas estos, al acercarse, parecen haber encontrado nuevas razones para odiarse, y lanzándose miradas de terror o de envidia, se rechazan recíprocamente del poder. Ni para el uno ni para el otro existe la idea de los derechos, y la fuerza constituye para ambos la única razón del presente y la única garantía del porvenir.

El pobre ha conservado la mayor parte de los prejuicios de sus padres, sin sus creencias; su ignorancia, sin sus virtudes. Como regla de sus actos ha admitido la doctrina del interés, sin conocer su ciencia, y su egoísmo se halla tan desprovisto de ilustración como en otro tiempo lo estaba su abnegación.

La sociedad está tranquila, no porque tenga conciencia de su fuerza y bienestar, sino al contrario, porque se cree débil y enferma; teme morir si hace un esfuerzo: todos sienten el mal, pero nadie tiene el valor y la energía necesarios para buscar el bien. Se sienten deseos, pesares, penas y alegrías que no producen nada visible ni duradero, como esas pasiones de senectud que no conducen más que a la impotencia.

De manera, pues, que hemos abandonado lo que el estado antiguo podía presentar de bueno, sin adquirir lo que el estado actual podría ofrecer de útil. Hemos destruido una sociedad aristocrática, y al detenernos con complacencia entre los restos del antiguo edificio, parece como si quisiéramos quedarnos ahí para siempre.

No es menos deplorable lo que sucede en el mundo intelectual.

Obstaculizada en su marcha o abandonada, sin apoyo alguno, a sus pasiones desordenadas, la democracia de Francia ha derribado todo a su paso,

y lo que no ha destruido lo ha quebrantado. En ningún momento se la ha visto apoderarse poco a poco de la sociedad para imponer pacíficamente su imperio, sino avanzar incesantemente entre los desórdenes y la agitación de un combate. Exaltados por el ardor de la lucha, empujados más allá de los límites naturales de la propia opinión por las opiniones y excesos de sus adversarios, todos pierden de vista el verdadero objeto de sus afanes y emplean un lenguaje que no responde a sus verdaderos sentimientos ni a sus secretos instintos.

De ahí la extraña confusión de la cual nos vemos obligados a ser testigos.

En vano busco entre mis recuerdos; nada encuentro tan doloroso y lamentable como lo que sucede ante nuestros ojos; es como si en nuestros días se hubiera roto el lazo natural que une las opiniones a los gustos y los actos a las creencias. La simpatía que en todo tiempo se observó entre los sentimientos y las ideas de los hombres parece destruida, y se dirían abolidas todas las leyes de analogía moral.

Todavía se encuentran entre nosotros cristianos llenos de celo, cuya alma religiosa anhela nutrirse de las verdades de la otra vida. Ellos serán, sin duda, quienes luchen en favor de la libertad humana, fuente de toda grandeza moral. Al cristianismo, que ha hecho a todos los hombres iguales ante Dios, no le repugnará ver a todos los ciudadanos iguales ante la ley. Mas por un cúmulo de extraños acontecimientos, la religión se encuentra momentáneamente comprometida con los poderes que derroca la democracia, llegando a ocurrir a menudo que rechaza la igualdad que ama, y maldice a la libertad como si se tratara de un adversario, siendo así que si la llevara de la mano podría santificar sus esfuerzos.

Al lado de estos hombres religiosos, descubro otros cuyas miradas se dirigen más hacia la tierra que hacia el cielo; partidarios de la libertad no solo porque ven en ella el origen de las más nobles virtudes, sino principalmente porque la consideran como la fuente de los más grandes bienes, desean sinceramente asegurar su imperio y hacer que los hombres disfruten de sus beneficios. Creo que estos hombres van a apresurarse a llamar en su ayuda a la religión, pues deben saber que no se puede establecer el imperio de la libertad sin el de las costumbres, ni establecer las costumbres sin las creencias. Pero han visto la religión en las filas de sus adversarios y esto les ha bastado; unos la atacan y otros no se atreven a defenderla.

Los pasados siglos han visto cómo almas bajas y venales preconizaban la esclavitud, mientras espíritus independientes y corazones generosos luchaban sin esperanza por salvar la libertad humana. Pero en nuestros días hallamos a menudo hombres naturalmente nobles y dignos cuyas opiniones están en oposición directa con sus sentimientos, y que elogian el servilismo

y la bajeza que nunca conocieron por sí mismos. Hay otros, por el contrario, que hablan de la libertad como si pudieran sentir cuanto de santo y grande hay en ella, y reclaman ruidosamente en favor de la humanidad derechos que ellos nunca reconocieron.

Veo hombres virtuosos y pacíficos a quienes sus costumbres puras, sus hábitos tranquilos, su bienestar económico y sus conocimientos sitúan de modo natural al frente de la población que les rodea. Llenos de amor sincero por la patria, están prontos a hacer por ella grandes sacrificios; no obstante, a menudo estos hombres son adversarios de la civilización, cuyos abusos confunden con sus beneficios, y en su espíritu la idea del mal va indisolublemente unida a la de toda novedad.

No lejos de ellos descubro a otros que, en nombre del progreso y esforzándose por materializar al hombre, buscan lo útil sin preocuparse de lo justo, la ciencia lejos de las creencias y el bienestar separado de la virtud: estos se consideran paladines de la civilización moderna e insolentemente se ponen a su cabeza, usurpando un lugar que se les cede y del que son indignos.

¿Dónde nos encontramos, pues?

¡Los hombres religiosos combaten a la libertad, y los amigos de la libertad a las religiones; espíritus nobles y guerreros elogian la esclavitud, y almas bajas y serviles preconizan la independencia; ciudadanos honrados e instruidos son enemigos de todo progreso, al tiempo que hombres sin patriotismo ni moral se convierten en apóstoles de la civilización y de la cultura!

¿Es que todos los siglos se han parecido al nuestro? ¿Ha tenido el hombre siempre ante los ojos, como hoy, un mundo en el que nada se prosigue, donde la virtud carece de genio y el genio carece de honor; donde el amor al orden se confunde con la devoción por los tiranos y el culto santo de la libertad con el desprecio por las leyes; en que la conciencia no arroja más que una claridad dudosa para iluminar las acciones humanas; donde ya nada parece prohibido, ni permitido, ni honrado, ni vergonzoso, ni verdadero, ni falso?

¿He de pensar que el Creador ha hecho al hombre para dejar que se debata eternamente en medio de las miserias intelectuales que nos rodean? No puedo creerlo: Dios tiene destinado a las sociedades europeas un futuro más firme y más tranquilo. Ignoro sus designios, pero nunca dejaré de creer en ellos por el hecho de no poder comprenderlos, y preferiría dudar de mi razón antes que de su justicia.

Existe un país en el mundo donde la gran revolución social de que hablo parece casi haber alcanzado sus límites naturales; la revolución se ha

efectuado allí de manera sencilla y fácil, o más bien podría decirse que dicho país está viviendo los resultados de la revolución democrática que se opera entre nosotros sin haber conocido la revolución misma.

Los emigrantes que fueron a establecerse a América a principios del siglo XVII desligaron en cierto modo el principio de la democracia de todos aquellos contra los que luchaba en el seno de las viejas sociedades de Europa, y lo trasplantaron a las orillas del Nuevo Mundo. Allá pudo crecer libremente y, marchando con las costumbres, desarrollarse apaciblemente en las leyes.

Me parece fuera de duda que tarde o temprano llegaremos, como los americanos, a la igualdad casi completa de las condiciones. No deduzco de ello que estemos llamados un día a sacar necesariamente de tal estado social las mismas consecuencias políticas que ellos. Estoy muy lejos de creer que estos hayan encontrado la única forma de gobierno que puede adoptar la democracia; pero basta que en los dos países la causa generadora de las leyes y de las costumbres sea la misma para que tengamos un inmenso interés en saber lo que ha producido en cada uno de ellos.

No es, pues, únicamente por satisfacer una curiosidad, legítima por otra parte, por lo que he estudiado en América, sino por afán de encontrar enseñanzas que nos puedan ser útiles. Se equivocaría quien creyera que he tratado de hacer un panegírico; todo aquel que lea este libro se convencerá de que no ha sido tal mi propósito; tampoco ha sido mi objetivo preconizar una determinada forma de gobierno en general, pues soy de los que creen que casi nunca puede hallarse bondad absoluta en las leyes. No he pretendido tan siquiera juzgar si la revolución social, cuyo avance me parece irresistible, es ventajosa o funesta para la humanidad. He admitido esta revolución como un hecho consumado o a punto de consumarse, y entre los pueblos que la han visto desenvolverse en su seno he buscado aquel en el que la revolución ha alcanzado un desarrollo más completo y pacífico, a fin de sacar las consecuencias naturales y conocer, si es posible, los medios de hacerla provechosa para todos los hombres. Confieso que en América he visto algo más que a ella misma: he buscado una imagen de la propia democracia, de sus inclinaciones, de su carácter, de sus prejuicios, de sus pasiones; he querido conocerla, aunque no sea más que para saber al menos lo que podemos esperar o temer de ella.

En la primera parte de esta obra he intentado, pues, mostrar la dirección que la democracia, entregada en América a sus tendencias y abandonada casi sin freno a sus instintos, daba naturalmente a las leyes, la marcha que imprimía al gobierno y, en general, el poder que adquiría sobre los asuntos públicos. He querido saber cuáles eran los bienes y los males pro-

ducidos por ella. He investigado qué precauciones fueron las tomadas por los americanos para dirigirla y qué otras fueron omitidas, y he emprendido la tarea de distinguir las causas que le permiten gobernar a la sociedad.

Mi finalidad era describir en una segunda parte la influencia que ejercen en América la igualdad de condiciones y el gobierno de la democracia sobre la sociedad civil, sobre los hábitos, las ideas y las costumbres; pero mi entusiasmo inicial por la realización de este proyecto va decreciendo. Antes de que pueda dar fin a mi objetivo este trabajo será ya casi inútil, pues hay alguien que no tardará en mostrar a los lectores los rasgos principales del carácter americano y ocultando bajo un ligero velo la gravedad de las situaciones, adornará la verdad con unos encantos que yo no puedo prestarle[1].

No sé si he conseguido dar a conocer lo visto por mí en América; de lo que sí estoy seguro es de la sinceridad de mi deseo y de no haber cedido nunca, a sabiendas, a la necesidad de adaptar los hechos a las ideas, en lugar de someter las ideas a los hechos.

Cuando un punto podía ser fundamentado con la ayuda de documentos escritos, he tenido cuidado de recurrir a los textos originales y a las obras más auténticas y prestigiosas[2]. En notas aparte indico mis fuentes, que todos pueden verificar. Siempre que se ha tratado de opiniones, de usos políticos o de observación de costumbres, he procurado consultar a los hombres más idóneos. Y si el asunto era importante o dudoso, no me he contentado con un solo testigo sino que he formado mi criterio según el conjunto de los testimonios.

[1] En la época en que publiqué la primera edición de esta obra, M. Gustave de Beaumont, mi compañero de viaje por América, trabajaba aún en su libro titulado *María, o la esclavitud en los Estados Unidos,* que ha aparecido después. El principal objetivo del señor de Beaumont ha sido el de poner de relieve y dar a conocer la situación de los negros en la sociedad angloamericana. Su obra arrojará una nueva y viva luz sobre la cuestión de la esclavitud, cuestión vital para las repúblicas unidas. No sé si me equivocaré, pero creo que el libro del señor de Beaumont, además de interesar vivamente a cuantos acudan a él en busca de emociones y descripciones reales, obtendrá un éxito más sólido y profundo aún entre aquellos lectores que deseen sobre todo encontrar puntos de vista sinceros y verdades profundas.

[2] Los documentos legislativos y administrativos se me han facilitado con una amabilidad que nunca olvidaré. Entre los funcionarios americanos que han facilitado mi investigación, he de citar en especial al señor Edward Livingston, entonces secretario de Estado (actualmente ministro plenipotenciario en París). Durante mi estancia en el seno del Congreso, el señor Livingston dispuso que se me entregaran la mayoría de los documentos que poseo relativos al gobierno federal. El señor Livingston es uno de los hombres que despiertan el afecto al leer sus escritos, uno de esos hombres a quienes se admira y honra incluso antes de conocerlos y a los cuales resulta gratísimo deber reconocimiento.

Mi palabra ha de bastar aquí al lector para darme crédito. A menudo habría podido apoyar mis asertos en la autoridad de nombres conocidos, o dignos, cuando menos, de serlo; pero me he guardado bien de hacerlo. En el hogar de su huésped suele conocer el extranjero importantes verdades que quizá se ocultarían a un amigo, pero que se confían a un extraño en alivio de un silencio obligado; no se teme su indiscreción porque está de paso. Yo registraba cada una de estas confidencias apenas recibida, pero jamás saldrá ninguna de mi cartera; prefiero menoscabar el éxito de mi relato antes que añadir mi nombre a la lista de esos viajeros que devuelven disgustos y molestias en pago de la generosa hospitalidad recibida.

Sé que a pesar de mi cuidado, no será nada difícil criticar este libro, si es que alguien piensa criticarlo alguna vez.

Aquellos que lleguen a mirarlo de cerca encontrarán, creo yo, en toda la obra, un pensamiento fundamental que enlaza, por así decirlo, todas sus partes. Pero la diversidad de asuntos que he tenido que tratar es muy grande, y si alguien pretende oponer un hecho aislado al conjunto de hechos citados, una idea separada al conjunto de las ideas, lo podrá conseguir sin esfuerzo. Quisiera, pues, que se me leyera con el mismo espíritu que ha presidido mi trabajo y que se juzgara este libro por la impresión general que deje, al igual que mis decisiones han sido producto no de una sola razón, sino de todas juntas.

Tampoco hay que olvidar que el autor que desea ser comprendido ha de desarrollar cada una de sus ideas con todas sus consecuencias teóricas, y a menudo hasta los límites de lo falso y lo impracticable; pues si bien a veces es necesario apartarse de las reglas de la lógica en las acciones, no sucede lo mismo con los razonamientos. El hombre halla casi tantas dificultades en ser inconsecuente en sus palabras como en ser consecuente en sus actos.

Concluyo señalando por mí mismo lo que un gran número de lectores considerará el defecto capital de la obra. Este libro no se pone al servicio de nadie; al escribirlo, no he pretendido servir ni combatir a ningún partido. No he tratado de enfocar las cosas desde un ángulo distinto al suyo, sino de ver más lejos que los partidos; y mientras ellos se preocupan del mañana, yo he querido pensar en el porvenir.

# PRIMERA PARTE